

LAS NUEVAS CORRIENTES ARTÍSTICAS DE ESPAÑA, EL HUMANISMO DE MERENCIANO

Por César Vallejo

M. Gustave Kahn, ilustre crítico del *Mercurio de Francia*, dice que Francisco Merenciano hace en su pintura la traducción ética y ancestral de la vida española. En efecto, Merenciano es un gran pintor representativo de su raza. Pero esta interpretación la realiza Merenciano, no ya por amor deliberado y exclusivo de España, como acontece en muchos pintores de fácil patriotismo, sino, antes que nada, por un profundo instinto hacia una cosa más amplia: la exploración psicológica del alma buena en general. Si Merenciano comunica tanta vida a los ojos que pinta, no lo hace para expresar así la étnica y la tradición españolas, sino para expresar así el fondo del alma humana, en lo que ella tiene de permanente y común a todas las razas y a todas las tradiciones.

Merenciano insufla de un cálido y auténtico humanismo a todo lo que pinta. Los motivos más típicamente indígenas de Valencia, tales como el toreador, la mujer de la mantilla, el ciego del pueblo, los místicos, denuncian siempre la garra del artista universal. Hasta sus propios paisajes relativos a temas provenzales, mediterráneos o rigurosamente españoles, están humanizados. Y semejante humanismo, para aparecer en la tela con tal veracidad y con savia tan viviente, necesita haber pasado, antes que por sólo el cerebro, por los propios pulmones del pintor, es decir, necesita haber sido vivido sanguíneamente. Éste es el distintivo de los grandes creadores. Cuando más humana es una obra de arte, cuanto más densa y alta es la temperatura humana de ella, más grande y poderosa es esa obra. Merenciano llama la atención, de preferencia, por el intrépido humanismo de todas sus telas. Sus mismos paisajes de montaña o de mar trascienden a hombre y se diría que se apoyan sobre invisibles pero efectivos sistemas nerviosos del gran simpático. Merenciano es un magnífico humanista, lo que equivale a decir, un artista sincero, un gran creador.

Apuntado este carácter sobresaliente y esencial del pintor, añádase la seguridad de su mano, el dominio sereno de su técnica.

—¿Cuántas exposiciones ha hecho usted ya? —le he preguntado a Merenciano.

—Ésta es mi primera exposición —me replica sonriendo.

En verdad, esta brillante exposición

a la que asistimos en la galería Troti de la Place Vendôme, es la primera del pintor español. Se trata de una producción muy sobria en cantidad y escasa, si se quiere. Merenciano ha llevado una vida muy agitada e intermitente de pintor. Como en Paul Valéry, la producción en Merenciano ha sufrido paréntesis de largos silencios, durante los cuales la sensibilidad del artista ha ganado en endósmosis lo que ha perdido en exósmosis. Fecundos juegos de bolsa estética. Para que ahora, por la primera vez, nos muestre una treintena de lienzos triunfales, llenos, acaso definitivos. En verdad, se trata de la primera exposición de sus telas, pero he aquí que se trata asimismo de una rápida y justa consagración de la obra de Merenciano.

Técnica segura la de este pintor, tan poco ejercitado, sin embargo, en el procedimiento. Técnica segura y profundamente científica. Su dibujo, tan rico en ondulaciones y en acentos decorativos; la distinción de sus colores, tan frescos

y algunos de ellos tan extraños, que recuerdan los descubrimientos cubistas, sin estar dentro de ellos; sus sabios recursos de composición, patentes aun en los cuadros de más simple estructura temática; su misma sobriedad y equilibrio en la observación, que le han permitido lograr estudios maravillosos de nitidez, en el retrato y en los ambientes, todo señala en Merenciano al artista maduro y ya soberano de sus dones.

En esta primera exposición de sus telas empieza, sin duda, el ciclo ya frutal de su obra. Merenciano, en cuya grave figura patricia —como dice de él Antoine Orliac— ha cavado hondamente la inquietud, atraviesa en estos momentos, a lo que parece, la curva central y más aguda de la edad del hombre. Su hora ortiva en cosechas definitivas está, pues, sonando en los bellos melancólicos campanarios de sus propias pinturas campesinas. Estamos seguros que en Merenciano frutece en estos momentos un pintor del todo nuevo y original, que trata el paisaje y el retrato latinos con una fluidez y suavidad ni primitivos ni renacentistas y al otro lado de la borrasca gótica o taurina de todos los pintores españoles, que empiezan en el Greco y no acaban en Zuloaga. Merenciano viene a iniciar una nueva luz artística en España, a base de fineza, de sobriedad, de "nuance". El chorro de colores de Sorolla, maestro que fue en un principio de Merenciano, se ha agotado. Sucede ahora una pintura cuya luz ha pasado el nervio óptico de un nuevo ángel *d'après-guerre*...

cuando la crítica existía

Por Luis Adolfo Domínguez

Ya casi elevada a lugar común —o rebajada realmente—, la frase que anuncia que en México "no hay verdadera crítica" es tan repetida que no aporta ninguna emoción.

Lo anterior debe aplicarse a pintura, por ejemplo, esculpirse en piedra cuando se habla de literatura, y cotizarse en cheques de viajero cuando se refiere a cine.

Hace mucho, sin embargo, los críticos, especie extinta, existieron. No son fruto de la imaginación febril de los artistas. Hubo en un tiempo —*once upon a time*— una raza de hombres que criticaban a los otros, por las obras que producían, señalándoles sus defectos, no simplemente aplaudiéndoles sus posibilidades, por remotas que fueran.

Antonio de Valbuena fue uno de estos curiosos especímenes, y su actividad se inició en la segunda mitad del siglo

xix. Ella lo llevó, en 1883, a la celebridad casi mundial, pero se fincó en criticar a poetas vivos, que estaban de moda y tenían mucho éxito, y en fastidiar a la Real Academia y todo lo que ella significaba.

Sistematizando, veremos que Valbuena destrozó a Emilia Pardo Bazán, Juan Valera y Rubén Darío, y entre los mexicanos: Manuel Gutiérrez Nájera, José María Roa Bárcena, Salvador Díaz Mirón y Manuel Puga y Acal.

Antonio de Valbuena puso de vuelta y media a la Academia, desmenuzó a quienes la integraban y ni siquiera el bueno de Menéndez Pelayo se le escapó, y ya con éste nos podemos dar una idea bastante aproximada de lo que debió ser la crítica de don Antonio, que por supuesto, no tuvo que esperar mucho por las contestaciones de todos los afectados, convirtiéndose así en un tópico